

ESCRITURA DE LA MÁSCARA Y
MÁSCARA DE LA ESCRITURA EN
EL INVIERNO DE GUNTER DE
JUAN MANUEL MARCOS

LUDOVIC OBIANG
CENAREST, Libreville, Gabón



O bra plural, *El invierno de Gunter* participa de una lógica de modernidad que trasciende los géneros, las categorías, las definiciones, los códigos, etc..., a tal punto que pueda parecer ser un desafío, aun un verdadero perjurio querer reducirlo a un resumen o a cualquier tipo de lectura unitaria. Sin embargo, al mismo tiempo que la obra se presenta y reivindica múltiples identidades, es posible, mejor dicho es legítimo examinar una de estas identidades, aislarla de manera operatoria, para verificar cómo se puede reclamar o no del eje estructural o temático que le hará servido de referencia.

Dentro del cuadro de esta ponencia, decidí escoger la figura de la máscara del negro en *El invierno de Gunter*, no solamente del punto de vista de la máscara como representación pero más bien del hecho que procede de una lógica de escritura, pues el autor, Juan Manuel Marcos, no satisfaciéndose con señalar la máscara, usa los mecanismos de ella como medio de escritura, es decir como poética formal.

En un primer tiempo estudiaré la representación de la máscara interviniendo como constituyente del texto, como figura actancial según la terminología de Greimas, o como

participante a la dimensión temática de la narración según Genette. Esta máscara que así es mostrada, designada, nombrada, descrita, tiene al menos dos avatares. De un lado la forma esculpida constituyendo la dimensión plástica de la máscara, la que sintetizan más a menudo con su cara o su gran yelmo, pero de la cual saben los especialistas que ella funciona de hecho según el modo del englobar que asocia diferentes dimensiones y códigos en relación de intercambiabilidad: plástica, maquillaje, aderezo, traje, danza, etc...

De esta máscara que constituye una de las obras más representativas de la literatura antropológica y museográfica, atrajo mi atención un pasaje en el texto: 'imperturbable como una máscara indígena', la comparación de calidad indicando que, en lugar de la dimensión plástica de la máscara, lo que interesa en primera instancia al autor Juan Manuel Marcos, es la dimensión psicológica de la máscara, esta composición que damos a nuestra cara o nuestra conciencia para suscitar una cierta impresión en los demás.

Sin embargo, este recurso estilístico usado por el autor es un indicador del valor que se plantea dar en su novela a la máscara: no será la máscara improvisada o natural de los sentimientos, pero el tipo o aun el estereotipo, la figura caricatural de una categoría humana. Así aparece Eliza la mestiza, cuyo cruce y cuyos ojos espléndidos no impiden que sea una 'negra' con 'una sonrisa de mona' y una sexualidad tan rebotante que se vincula con la ninfomanía.

Se añade Eliza al panteón de los demás 'tipos' diversos que dan a esta novela aires de una mascarada mordaz, que no sorprende dentro del contexto de los Estados Unidos de los años 80. En un plano racial, sus hermanos negros evidentemente, como 'este camarero negro y apático', a propósito del cual su patrón declara: 'Le voy a echar a patadas, este negro de mierda'. Pero es también Gunter, germen de alemán teutón, palurdo y pragmático; el mercante judío, el burlado eterno y

sin defensa; el invasor japonés; el español ‘triste’, etc. En un plano social, la máscara de Soledad, la joven muchacha pobre, alma grande de pequeña virtud, fornicaba con las de Verónica y Alberto, los ricos hastiados.

A estas, se junta una letanía de máscaras encontradas a lo largo de esta novela con acentos joyceanos: el sacerdote pedófilo y su contrario; el obispo con hábitos campestres; el advenedizo lúbrico, libidinoso, concupiscente, etc... En el vaivén de estos tipos múltiples, *El invierno de Gunter* llega a ser una verdadera ‘fiesta de las máscaras’, para hacer uso de la expresión lograda del novelista togolés Sami Tchak, con la cual nombra al teatro o tragicomedia de las relaciones humanas, anunciadas como virtuosas, cuando al contrario están hechas con hipocresía, mentiras, vicios, etc... Venalidad que no hubiera podido ser mejor descrita por Juan Manuel Marcos con el ataúd que las ‘autoridades’ liberan en lugar de la joven torturada a muerte que yace adentro.

En el medio de todos estos rostros gesticulantes, depravados y degradados, la ‘negra’ Eliza bien parece ser la única isla de frescura, a falta de virtud, pues, dentro de la turba, ella mantiene la llama del natural y humanidad que, según Léopold Sedar Senghor, es la característica de su ‘raza’. Sin duda, se afirma Eliza digna de esta ‘Oración a las Máscaras’, estos ‘hombres de la danza, cuyos pies se revitalizan tocando el suelo duro’.

Sin embargo, ¿no estamos acá usando un nuevo cliché, cuanto más pernicioso que se viste del barniz de la alabanza? No podemos ignorar tampoco las críticas numerosas en contra de estos versos de Senghor, principalmente por autores africanos: Marcien Towa, Valentin Yves Mudimbé, etc... La cuestión acá es de saber cuál era el punto de vista o la motivación de Juan Manuel Marcos cuando dibujó este retrato ambiguo, aun híbrido y dualista. ¿Era un homenaje sincero o esperaba de la figura de Eliza que brillara como un fuego capaz de revelar las

verdaderas caras de los ‘monstruos’ a-normales que le rodean: brujas, lesbianas, pedófilos y otros demonios, a la manera de un Picasso untando en tres toques de pincel la fealdad real de la ‘alta sociedad’ en tres dimensiones?

Así, de la representación de la máscara a la percepción por la máscara, hay solamente un paso que Juan Manuel Marcos salta fácilmente, tanto como en su novela, *El invierno de Gunter*, denominación de la máscara y escritura enmascarada bien parecen andar en conjunto. El hecho de haber escogido de un punto de vista general ángulos múltiples de percepción le permite además de un lado indexar y denunciar el blanco más buscado de las novelas libertarias, es decir la hipocresía religiosa y sexual. Del otro lado, da el poder a sus lectores de seguir a través de la mirada cubierta por una máscara de la ‘negra’ Eliza el vicio y la debilidad de los grandes hombres, cuyas voluntades deciden la suerte del mundo.